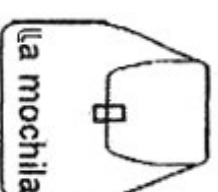


Uva y el jardín de los caramelos

Cuento

Olga Montes Barrios



Olga Montes Barrios (Artemisa, 1973). Narradora y guionista. Miembro de la UNEAC. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso. Ha recibido algunos premios y menciones entre los que destacan: Premio Félix Pita Rodríguez, 2003; Mención especial en el Concurso Interamericano de Cuento Fundación Avon para la Mujer, Argentina, 2006; Premio Regino E. Boti de Literatura Infantil, 2013; Premio Fundación de la Ciudad de Matanzas de Literatura Infantil y Juvenil, 2014; Premio Abril de literatura infantil, 2015; Premio del Humor Aquelarre, 2016; Premio Fundación de la Ciudad de Matanzas de Literatura Infantil y Juvenil, 2016; Premio La Edad de Oro, 2018; Finalista en el IV Premio Internacional de Teatro Joven con la obra *La prueba* en el año 2019; Finalista en el Concurso Internacional de Micro Radio Teatro de Mujeres Dramaturgas, 2019; Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara de Literatura Infantil y Juvenil, 2020; Mención en el concurso La Edad de Oro, 2022 y Mención en el Concurso Beca de Creación Ciudad de Artemisa, 2023.

Tiene publicados los libros *De la vida y de la muerte*, Editorial Unicornio (2003); *¿Por qué no nos visitan los extraterrestes?* Editorial Unicornio (2007); *Galería de sombras*, Editorial Unicornio (2012); *La mochila de Vicente*, Editorial Unicornio (2015); *Gorila del Angumu*, Editorial El Mar y La Montaña (2015); *Danza de papalotes*, Ediciones Matanzas (2016); *Chimbe*, Casa Editora Abril (2017); *Desnuda frente al espejo*, Editorial Unicornio (2017); *Permiso para decir*, Ediciones Matanzas (2017); *Churrí, la princesa*, Ediciones Selvi (2018); *La bruja Maluja*, Ediciones Unión (2019); *Un mensaje sin leer*, Editorial Gente Nueva (2020); *Cuentos de Maluja y otras brujas*, Editorial Unicornio (2020); *El celular encantado*, Editorial Capiro (2023).

Titulos suyos aparecen en las antologías *Buscas un cuento*, Editorial Unicornio (2015); *Lavar y ser feliz*, Editorial Unicornio (2015); *El reino de la Fantasía. Princesas*, Ediciones Selvi (2018); *Relaciones*, Antología cubano-alemana, GPI booksGmbH, Leck (Alemania: 2018); *El silencio de los cristales*, Ediciones Unión (2018); *El reino de la Fantasía. Sirenas*, Ediciones Selvi (2019); *El reino de la Fantasía. Piratas*, Ediciones Selvi (2019); *Cuentos sucios y no tan sucios*, Editorial Laia Editora (2023).

Índice

Mancaperros / 7
Teorema / 13
Al rescate / 20
Recados / 25
Samanta / 33
Uva y el jardín de los caramelos / 38

hasta cambié de color, porque sentí calor en la cara. Tío Roly me miró muy serio como si me estuviese preguntando qué yo iba a hacer. Entonces pensé qué pasaría si, de repente, mi hermana Normita también dejara de comer y jugar y se encerrara en su cuarto, triste y sin querer hablar con nadie, tal y como lo hacía Yari por culpa de aquel cuento que nos contaba el tío. No podía—ni por asomo—permitir que mi hermana se volviera zombi, así que corrí y la bajé de las rodillas del tío. Él me miró sin entender y Normita empezó a chillar, pero yo me las ingeníé para calmarla.

¿Sabes una cosa, amigo? Creo que no voy a poder seguir guardando el secreto de mi prima. Tío Roly está aquí. Ahora mismo no hay nadie más en casa y él me ha traído confituras. Dice que me va a hacer el cuento de Uva y el jardín de los caramelos. Pero yo ya he tomado el teléfono. Lo miro fijo y le grito bien alto con voz firme, sin que se me note demasiado el temblequeo: “¡Vete ahora mismo, porque llamaré a mamá!” No permitiré que sus manos tibias y babosas toquen las rodillas de Yari, ni las de Normita ni las mías, ¡nunca más!

Uva y el jardín de los caramelos

Olga Montes Barrios



Edición: Ismarys Suárez Pérez
Corrección: Bertis Aguilar Mazola
Emplane: Adelena Carballo Esperón
Ilustraciones: Natalia Urquía Linares
Diseño de cubierta: Natalia Urquía Linares

© Olga Montes Barrios
© Sobre la presente edición:
Editorial Unicornio, 2025

ISBN: 978-959- 218-534-0

Editorial Unicornio
Centro Provincial del Libro y la Literatura de Artemisa
Calle 48 No 2701 / 27 y 21, Artemisa

cuarto y no quiso salir ni a saludar. Andaba como en otro mundo, como si fuera una zombi, sin jugar ni comer.

¿Te he hablado alguna vez de Normita? Ella es una niña especial. Es tres años mayor que yo y es mucho más alta, pero —como es especial y mamá siempre está atareada— a mí me corresponde cuidarla. Mi hermana nunca sabe dónde está el peligro. Ella actúa como si tuviera muchos años menos.

Ayer, mientras los grandes se ocupaban de poner la mesa, mamá me llamó para que la ayudase con los platos y los cubiertos. Estuve un rato haciéndolo porque eran necesarios platos para todo el mundo. Primero comerían los niños —nosotras y mis primos— y luego los adultos. Cuando terminé, me di cuenta de que Normita no estaba a mi lado. La busqué en la terraza, en el portal, en los cuartos y en el comedor. Mi hermana no aparecía. Salí corriendo para decirselo a mamá y, cuando iba llegando a la cocina, escuché su voz.

—¡Tata! Tata, ven. Tío Roly va a contar la historia de Uva y el jardín de los caramelos.

Miré por la ventana. Desde una esquina del patio, sentada sobre las piernas del tío, mi hermana Normita me miraba mientras las manos grandes de él le acariciaban las rodillas. Me quedé pasmada sin saber qué hacer. Me acordé de Yari. ¿Y si, por casualidad, aquel secreto no resultaba una mentira suya después de todo? Me subió un susto por el es-tómago y se me doblaron las rodillas. Seguramente

Después de que Yari me contó aquello, empecé a mirar al tío con recelo. Estaba pendiente de sus movimientos, de sus manos grandes. No noté nada raro y el asunto se me fue olvidando. Como ya mi prima apenas hablaba y ni siquiera salía a jugar, no comentamos más sobre el tema. Si te digo la verdad, Yari me estaba cayendo un poquito mal. Andaba como entretenida. Si le hacías alguna pregunta, ella se quedaba lela mirando fijo, sin prestar la más mínima atención. ¿A quién puede gustarle jugar con una niña así? Pues bien, ella se lo perdía. Normita y yo recibíamos todas las confituras y los cariños del tío.

Mi prima apenas quería comer. Andaba por los rincones como escondiéndose. Tía Gloria decidió llevarla al médico. ¡Y si vieras lo preocupado que estaba el tío Roly! Él estaba siempre con un regalo debajo del brazo para poder contentar a mi prima. Pero yo pensaba que Yari estaba haciéndose la víctima, con tal de que le cogieran lástima. Un día me dio tanta rabia que se lo comente a mamá.

—Mamá, esa Yari se hace la mosquita muerta.

—¿Por qué hablas así de tu prima?

Pero no podía decir más, mamá se las lleva al vuelo y un secreto es un secreto.

Ayer tuvimos reunión familiar. Ya sabes, celebramos el fin de año y nos reunimos en casa de abuela. Hubo bastante comida y música. Los grandes sacaron la mesa cuadrada para el portal y se pusieron a jugar dominó. Yari se encerró en su

A Deymon, con amor
A todas las niñas y los niños que encuentran en los libros compañía, aventura, refugio, alegría, complicidad y también un espejo donde mirarse a veces.
Para que nunca más se sientan solos.

Cuando los libros están de veras vivos, respiran; y uno se los pone al oído y les siente la respiración y sus palabras son contagiosas, peligrosamente, cariñosamente contagiosas...

Eduardo Galeano



Eso me lo enseñó mi abuelito y, aunque él ya no está conmigo, es algo que yo respeto mucho. Dice mamá que tú eres un amigo ficticio y solo existes en mi imaginación, pero tú eres real y me vas a entender, ¿verdad que sí? ¿Ya te he hablado de mi prima Yari? Ella es de mi edad. Desde que sus padres se divorciaron, ella se fue a vivir con tía Gloria para casa de los abuelos, donde también vive tío Roly. Yo nunca pude creerle. Yari estaba celosa. Quería al tío para ella sola e inventaba sandeces con tal de alejarnos a Normita y a mí. Por eso me contó el secreto.

—¿Y por qué no se lo dices a tía Gloria?

—¡¿Tú estás loca?! ¿Y si no me cree?

Siempre he querido mucho a tío Roly. Es un hombre simpático. Le gusta jugar con nosotros. Es raro que en sus bolsillos no haya caramelos, chicles o galleticas de sabor. Cuando vamos a la casa de la abuela, los demás adultos casi ni nos miran y, si lo hacen, es para llamarnos la atención, pero él sí nos dedica tiempo. Me recuerda tanto a mi abuelito. Siempre se le ocurre algún juego entretenido. En compañía de tío Roly es imposible aburrirse. Tiene las manos grandes y tibias y le gusta sentarnos sobre sus piernas para contarnos la historia de Uva y el jardín de los caramelos.

Dice Yari que esa historia la inventó él mismo y no es otra cosa que un truco para engatusarnos. Si te digo la verdad, a mí la historia me gusta. Diga lo que diga Yari, yo no puedo odiar al tío. ¿Cómo se consigue odiar de repente a una persona que has querido durante tus largos once años de vida? Mi prima tenía que estar inventándolo todo.



Uva y el jardín de los caramelos

Querido amigo, ¿cómo se debe actuar cuando no sabes qué hacer y no le puedes preguntar a nadie? Hace algún tiempo mi prima me confió un secreto y me hizo jurar que no lo contaría. Ya ves, no lo puedo decir, ni siquiera a ti. Un secreto es un secreto y cuando una hace un juramento debe mantener la palabra.

Mancaperros

Estoy sentada en el suelo, mirando los mancaperros salir de las ranuritas. No es que me atraiga este tipo de animales, son unos gusanos feos y largos con muchas patas a ambos lados del cuerpo, pero no me gusta meterme en las cosas de los mayores, por lo que permanezco aquí y así, si no me ven, no me preguntan. El día está húmedo y los mancaperros caminan lento, como si no tuviesen apuro en llegar a ningún sitio. Emy me dijo lo que debía decir si acaso me preguntaban.

A los mancaperros les gusta ovillarse y permanecer quietos largo rato como si durmieran. Si una los mira desde lejos, podría confundirlos con botones. Unos botones negros, grandes y redondos.

Emy me va a regalar sus patines. Y las gafas del marco dorado. Y el afiche de Los Ángeles.

—Y los audífonos nuevos.

—¿No te parece que estás pidiendo demasiado, Érika? ¿Para qué los quieres si no tienes dónde conectarlos?

Los audífonos dan tremenda pinta. Nadie tiene que saber si realmente los llevas conectados a un móvil, a un MP-3 o a cualquier otro equipo. Basta ocultar un extremo dentro de la mochila.

A Emy no le gusta Paulina.

—Tenemos que deshacernos de ella —dice—, es una desvergonzada. Desde que apareció, mamá está diferente. Ya no nos trata igual. La gente está murmurando.

—No se debe prestar atención a las murmuraciones ajenas, Emy. Mamá siempre dice eso.

—¿Te gusta que hablen cosas feas de mamá?

—No.

—Entonces me vas a ayudar.

—¿Qué debo hacer?

—Algo se me ocurrirá.

—Sin audífonos no hay trato.

—Te los presto de vez en cuando, pero dirás todo como te dije, ¿de acuerdo?

—¿Y si se me olvida?

—Más te vale que no.

Los mancaperos son duros. Si una los aplasta, sueltan una agüita y dejan un fuerte mal olor en las manos.

Ahora están ahí, discutiendo. Emy debió decir algo feo a mamá. Paulina comenzó a recoger sus cosas. Mamá no podía creer lo que escuchaba. Así

En la escuela todo el mundo se enteró. Tus amigas te evitaban, tus compañeros de aula te tiraban papelitos y te gritaban nombres. Nunca más te invitaron a jugar a la pelota. Hasta los profesores murmuraban y te miraban de soslayo si te veían acercarte. Por tanto, a partir de ese día te convertiste en una niña retraída. Nadie podía mirar en tu interior. Nadie sabría jamás lo que pasaba por tu mente. Nadie. Hasta que apareció Milena.

Ya lo saben. Desde que los ves entrar al cuarto con sus caras grises y los ojos metidos en el suelo, lo descubres. Retrocedes unos pasos hasta sentir la pared en la espalda. Levantas la vista y los miras. Eres la pelota que avanza zumbando en dirección al bate, a la espera de la bola, el strike o el jonrón. No lo van a hacer, lo sabes, ahora ya no te van a castigar. Tu padre zafa la hebilla del cinto y lo saca lentamente. Con las manos en la cintura tu madre te mira sin hacer nada por impedirlo. Sus rostros anuncian la pregunta... Aunque pudieras negarlo.

—¿Hubieras preferido ser un niño?

Bueno, ¿y por qué no? Si hubieras sido niño nadie se escandalizaría cada vez que te viesen jugando a la pelota. No te recriminarían por tu pelo y uñas descuidadas, ni querían buscarte novio a toda costa. ¿Acaso no eran más libres tus hermanos? Ellos podían llegar a cualquier hora. Si se fajaban a los puños, aunque salieran perdiendo, eran héroes. Podían andar descalzos y correr mientras llovía. Nadie hacía un escándalo por eso. Ahora, ¿si lo hicieras tú...? Sí, tú querías ser varón. ¿A quién confárselo mejor que a ellos?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Quiero ser varón. Soy marimacho.

Y tus hermanos detrás de las paredes, espionando, muertos de risa. Hasta que vieron la reacción de tus padres. Nunca los habías visto tan enfadados.

—¡Castigada! Y desaparece de mi vista, antes de que me arrepienta.

Toda una semana siendo objeto de burla de tus hermanos, sintiendo el desprecio de tu padre y soportando los reproches en susurros de tu madre. Sola. Sin nadie con quien poder conversar. Ocultándote como si tuvieras que pagar alguna culpa. Habías hecho algo horrible y teñas que pagar. Habías sido sincera.

lo dijo: “Yo no lo puedo creer. ¿Por qué haces esto, Emy?”. Y Emy colorada le respondió: “Que sí, que es verdad. Pregúntale a Érika. Ella es chica, no va a poder inventar una mentira tan grande”. Yo salí corriendo en cuanto escuché la discusión y me escondí aquí, en el cuarto de desahogo. Si me preguntan, ya sé lo que debo decir.

Emy tiene razón, mamá ha cambiado. Desde que Paulina vino a vivir con nosotras, ya no nos bañamos juntas. Una no puede ir a dormir con mamá ni cuando está tronando. Trajo a un cerrajero y colocó un picaporte. Para entrar al cuarto de mamá hay que tocar a la puerta. Paulina siempre está con ella. Se la pasan cantando y no se separan nunca. La gente del barrio las mira de reojo. Las otras amigas de mamá han dejado de visitarnos. Hasta los muchachos de la escuela me están tirando pullitas. Pero nada de eso parece importarle a mamá. Ella está feliz. Comenzó un curso de tejido porque la otra se lo aconsejó. Compró tres bolas de hilo estambre y dijo que nos iba a tejer unos suéteres. El mío va a ser rosado y el de Emy violeta. Mamá ya no se sienta en el sillón a fumar un cigarro tras otro esperando que oscurezca para acostarse a dormir. Ahora ella hace planes para las próximas vacaciones y pone un búcaro con flores frescas en la mesa del comedor y unos cuadritos con fotos en la pared de la sala. Las fotos son de cuando Emy y yo éramos más chicas, pero también hay de ella con Paulina. A mamá hasta le dio por sembrar matas y ha remodelado casi todo el patio trasero. Ahora parece que tenemos un jardín.

A mí Paulina no me cae mal. Me trae libros con ilustraciones. A veces nos sentamos las tres en el sofá y ella se pone a hacer unos cuentos para morirse de risa. Dijo que el próximo fin de semana haremos una excursión al zoológico.

—¿Y Emy?

—Emy también, por supuesto.

—¿Tú irás con nosotras al zoológico, Emy?

Pero Emy no quiere saber nada de excursiones, mucho menos con Paulina. La mira atravesado y se encierra en su cuarto nada más llega de la escuela. No sale ni a comer. A mamá la cara se le pone triste. “Ve y llévale la comida a tu hermana”. Yo agarro el plato y el vasito con batido.

—Está rico el batido, ¿verdad, Emy?

—¿Quién lo hizo?

—Tía Paulina.

Emy se mete el dedo hasta la garganta y lo vomita. “¡Que no vuelva a oírte llamarla tía!”. A las hermanas mayores hay que hacerles caso.

—¡Érika! ¡Érika, ven acá!

Ahora seguramente me preguntarán. Debo decir lo que me dijo Emy y ¡tíln, tilán, los patines serán míos!

—No tengo deseos de ir.

—Parece mentira, Emy —dice Paulina—. ¿Por qué inventas algo así?

no fue lo peor. El comentario llegó a oídos de tus padres y ahí sí se complicaron las cosas. Al llegar a casa y ver sus caras lo supiste, ya alguien les había ido con el chisme. Pudiste negarlo, pues, en definitiva, era lo que ellos esperaban. Pero no lo hiciste. ¿Por qué andar escondiendo lo que te gusta o no te gusta hacer? ¿Dónde está escrito que deben gustarte obligatoriamente las sandalias de correas, las hebillitas y los lazos? Las muñecas nunca fueron tus juguetes preferidos y, si sonreíste agradecida siempre que te obsequiaran alguna, fue por pura cortesía. Tú preferías los carritos, el guante, la pelota y los juegos de pisto-leros que compraban a los varones de la familia. A ti nunca te hubiesen comprado nada semejante. ¡Si estaban tan lindos los juguetos de tazas! ¡Buaf! ¿Jueguitos de taza? Muy bonitos, sí, pero ¿qué tenían que ver contigo ese tipo de juguetes? Y lo dijiste con todas sus letras cuando llegaste a casa y te preguntaron. ¿Acaso no te enseñaron que no se debe mentir, que cada cual debe defender sus ideas cueste lo que cueste?

—Ven acá, Samanta, ¿cómo es eso de que tú eres marimacho?

Sí, era malo. Por el tono de tu padre y la mirada ansiosa de tu madre, no debías esperar una salida airosa. Pudiste negarlo.

—Mirame a los ojos, Samanta. Responde.

¿Acaso preferir jugar con los varones y usar zapatos cerrados sin tacón te convertía en marimacho?

que nunca. El bate se acomodaba en tus manos y la pelota venía zumbando, como si ella también te estuviese desafiando. Pero tú no tenías miedo. O pensaste que ya no tenías miedo. Conseguiste adelantar a dos jugadores e impulsar una carrera. Luego el jonrón. Perdían tres por cero y el juego se empató. Siempre que sucede algo así, los muchachos del equipo cargan al dichoso en hombros y corren con él por todo el descampado. Ya es casi una tradición. ¿Por qué no hacerlo contigo? Pero tuvo que aparecer Liudmila, la vecina de la casa de ladrillos. La muy recatada. La metida. Inmediatamente se escandalizó.

—¿Y aquí qué está sucediendo? Si sus padres la cogen... ¡Bajen inmediatamente a esa niña!

Eras la única hembra del grupo, pero ¿qué hay de malo en celebrar una buena jugada? De no haber sido por aquel jonrón, el equipo no hubiera conseguido salir del atolladero. No eres macho, ¿y qué? Eras uno de los mejores jugadores y eso no había quién lo discutiera. ¿Quién en todo el barrio fildeaba mejor que tú? ¿Quién le pegaba más fuerte a la pelota? Pero Liudmila vino y armó un escándalo.

—A ver, niña, ¿no te parece que estás bastante crecida como para andar jugando con varones?

—¿Qué puede haber de malo en eso?

—¡¿Qué puede haber de malo?! ¿Tú eres mari-macho acaso?

Y lo dijiste. No solo Liudmila se escandalizó. Desde ese día nadie te quitó el nombretico. Aunque eso

—Conmigo no hables —le responde Emy.

Los mancaperos salen cuando está húmedo. Puede que en sus cuevas haga demasiado frío.

—La gente está hablando horrores, mamá. Dile a esta mujer que se vaya.

—No voy a discutir mi vida privada contigo, Emy —le contesta mamá.

—Debería darte vergüenza —dice mi hermana.

O tal vez sea porque está oscuro o porque tienen hambre. O porque allí se sienten demasiado solos y salen afuera a reunirse.

Los patines de Emy no me sirven. Son tres números más grandes del que yo uso. Y al patín derecho le falta una rueda. Si tía Paulina se va de la casa, lo más seguro es que mamá no me termine el suéter. Antes de que Paulina viniera a vivir con nosotras, mamá no conseguía terminar nada. Si se ponía a cocinar, el arroz quedaba crudo. Si se ponía a lavar, la ropa quedaba sucia. Pasaba los días suspirando en los rincones. Emy nunca debió inventar algo semejante. Ella piensa que sus gafas de marco dorado y el afiche de Los Ángeles son la gran cosa. Total, como si no fuera una tontería llevar audífonos sin tener dónde conectarlos.

Samanta

Ahora ya no te van a castigar. Desde que los ves entrar al cuarto con sus caras grises y los ojos metidos en el suelo, lo sabes. No lo van a hacer. La última vez te encerraron toda la semana de vacaciones. Nunca imaginaste qué largos pueden resultar siete días sin poder salir de la casa, durante los cuales eres inspeccionada a cada minuto por los ojos rigurosos de padres y hermanos. Sin poder jugar, ver televisión o conversar con algún amigo al menos. ¿Y todo por qué? Por decir la verdad. ¿Cómo se te pudo ocurrir? ¿Acaso no sabías cuál iba a ser su reacción?

En el terrenito chapeado detrás del consultorio médico los chicos del barrio jugaban a la pelota y era tu día de suerte. Allí estaban tus primos y tu hermano Fernandito y muchos otros niños, compañeros de escuela y vecinos. Te habías criado con ellos, buscando guayabas en el traspatio de la escuela y bañándote bajo el aguacero cuando no había truenos y las calles se inundaban con las corrientes fangosas que bajaban hasta el callejón. Los niños del barrio sabían que eras buena jugando. En más de una ocasión entraste al juego como emergente y conseguiste sacar al equipo de un apuro. Estabas en forma, mejor



Teorema



Ana Isabel era una niña inteligente. “¡Inteligentísima!”, solían afirmar sus padres orgullosos cada vez que en las grandes conversaciones se referían a ella. A los amigos y parientes no les quedaba más remedio que asentir, aunque la envidia se les notaba en los ojos. A ellos les hubiese gustado tener una hija así. A pesar de no siempre levantar la mano para participar, Ana Isabel sabía las respuestas a todas las preguntas que hacían en clases. ¡No se equivocaba nunca! ¡Todas sus notas eran de cien puntos! Era tan inteligente que hasta los maestros se asombraban. “¡Esa niña es un prodigio!”, aseguraban convencidos en las reuniones y luego le sonreían amistosos cuando pasaban junto a ella en los pasillos. Si en la escuela celebraban algún acto, era ella quien confeccionaba y leía el discurso. Si celebraban un congreso estudiantil, Ana Isabel era la primera en ser invitada. No había un concurso en el cual no se llevara el primer premio. Y no solo en la escuela había resultado premiada, también lo había sido a nivel municipal, provincial y hasta nacional. Todos los niños deseaban ser sus amigos. Las compañeras de aula discutían por sentarse a su lado.

Y a la hora de estudiar no existía uno que no le consultara sus dudas.

La familia ya no sabía qué hacer para estimularla, una niña así necesitaba una atención especial. Tío Andrés le obsequió una laptop para que pudiera estudiar más cómoda. La abuela se mudó para el cuartico del fondo y le cedió el suyo con ventanas al jardín, donde podrían instalarle una ventilada biblioteca. Mamá dejó el trabajo y se dedicó a velar por la alimentación, los sueños y las horas de estudio de la niña. Papá, aunque tenía un buen empleo, cambió de empresa con tal de estar más cerca por si su hija necesitaba algo. A José Miguel, su hermano menor, no le compraron el guante de béisbol que había pedido como regalo de cumpleaños; era preciso completar el dinero y pagar la impresora de su hermana, mucho más importante que un tonto juguete. Y aunque Ana Isabel lo consideró una injusticia y protestó, a su hermano no pareció afectarle mucho. “No te preocupes, Tata—aseguró—, ya estoy acostumbrado”.

Ana Isabel llegó a pensar que a su hermano no lo querían como a ella. Siempre le estaban reprochando el no haber salido tan adelantado en los estudios. A nadie le importaban mucho los resultados académicos del niño. “¿Por qué no te pones a estudiar como tu hermana?”, le recriminaban al verlo salir de casa con intenciones de jugar un rato. Pero como su hermano era buen deportista, sus padres parecían conformarse. ¡Ya era suficiente con un genio en la familia! Los

cansan, se tumban sobre el paño, pegaditos, y dormitan. Debo regresar a la escuela.

En cuanto llego al aula, mis compañeros se ponen de pie siguiendo el ritual de las notificaciones. No tengo permitido sorprenderme, así que aguardo. Uno de ellos se aparta del grupo, camina hasta mí y me hace entrega oficial de un documento. El sobre de las quejas. Luego todos retornamos a nuestros puestos habituales, como está establecido.

Al llegar a casa coloco el sobre sobre el escritorio de las notificaciones. Efectivamente, es una queja firmada y acuñada por el Consejo. La leo. Luego escribo una nota.

He recibido una queja oficial. El Consejo me acusa de haberme expuesto demasiado, sin autortización, durante el análisis de la conducta de una compañera de aula. Espero orientaciones al respecto.

Envío el mensaje. Cumpló mis tareas habituales y me acuesto a dormir. Al levantarme leo el mensaje recibido.

El desayuno está en el microondas. Debajo del ordenador hay dinero, compra frutas para la merienda. Las medias limpias están detrás del frío y el uniforme en el perchero. Ponte la felpa blanca.

No te regodees en el inodoro. Tienes cuarenta y cinco minutos exactos.

Llego tarde a clases. Mis compañeros de aula me observan y toman notas. Me parece percibir el flash de una cámara fotográfica apuntando en mi dirección.

El desayuno en el microondas. No comas más de medio pan. Debajo del ordenador hay dinero, compra frutas para la merienda. Las medias limpias están en la gaveta y el uniforme en el perchero. Ponte la felpa azul. Hemos recibido un llamado de la escuela, intentaremos chequear.

No te regodees en el inodoro. Tienes cuarenta y cinco minutos exactos para abordar el automóvil.

Esto va más allá de los límites. Camila se ha tomado el día libre hoy. Me imagino que, si la comisión está realizando bien su trabajo, alguien más —además de mí— habrá notado el caos.

El señor, la señora y Camila se han apartado hasta un lugar prohibido. Es un antiguo parque cubierto de malezas. Llevan equipaje. Eligen un árbol y se acomodan bajo su sombra. El señor saca una pelota desinflada y, mientras la infla con la boca, Camila y la señora despliegan un mantel sobre la yerba y comienzan a sacar pequeños pots plásticos. Si la información de archivo no me engaña, eso que hay en los pots no es otra cosa que dulces caseros. El señor termina de inflar la pelota y los tres se sientan a merendar. Se ríen y conversan. Luego toman la pelota y juegan los tres. Grabo todo. No dejo escapar ni un detalle. Después parece que se

maestros siempre los estaban comparando. “No parecen ser hermanos”, repetían.

En cuanto Ana Isabel llegaba de la escuela, se quitaba el uniforme y se sentaba a estudiar. Ella no quería decepcionar a su familia. En el último concurso de matemática, a pesar de que volvió a ser premiada, le había resultado difícil resolver las ecuaciones y, contrario a otras veces, la competencia había estado bien reñida. Ana Isabel se preocupó. ¿Qué pasaría si de pronto sus notas bajarán? ¿Qué pasaría si en los concursos otro de los participantes se llevara el primer premio? Los maestros quedarían decepcionados. Los amigos se burlarían de su fracaso. Sus propias amigas ya no la buscarían como antes. ¿Quién dejaría ser amiga de una fracasada? ¿Con qué cara se enfrentaría a sus padres, al tío Andrés y a la abuela? ¿Con qué cara miraría a su hermano? ¿Acaso la irían a querer menos? Ella no podía permitir que algo como eso sucediera. Necesitaba estudiar más y no perder ni un solo instante. No podía defraudar a quienes creían en ella. Se concentraba tanto en los libros de texto que, cuando llegaba a clases, conocía el contenido mejor que la propia maestra y si, por casualidad, esta cometía el mínimo error, Ana Isabel se apresuraba en rectificarle.

En las semanas de receso, Ana Isabel no quería perder tiempo como su hermano en cosas tan banales como bañarse en la playa, ver películas o corretear tras una pelota. Aunque su familia le recomendase descansar un poco, hacer ejercicios

y respirar aire puro, ella no soltaba los libros. Cuando las amigas venían a buscarla para ir a una fiesta o dar un paseo al bulevar, ella se negaba. ¿Es que acaso no entendían? ¡Era preciso estudiar! Y la satisfacción que leía en los ojos de los suyos le confirmaba que estaba actuando correctamente.

Una mañana—después de haber pasado toda la noche y parte de la madrugada intentando aprender un complicado y largo teorema— Ana Isabel, al querer levantarse, sintió que el pie derecho le pesaba demasiado. Apenas podía mover los dedos. ¿Se había quedado dormida con los zapatos puestos? Encendió la luz y... ¡¿qué significaba aquello?! Observó boquiabierta cómo su pie ya no era su pie, sino un enmarañado mecanismo de cables, varillas y tornillos. Consideró primero correr y contarle a su familia lo que sucedía, pero se contuvo. Esta mañana debía participar en un importante concurso para el cual llevaba preparándose durante varios días. Sus padres podían pensar que estaba inventando excusas para no presentarse. Últimamente se había mostrado insegura respecto a sus posibilidades y eso a la familia no le había parecido nada bien. “¡Claro que vas a ganar, no faltaba más!”, le respondieron cuando hizo públicos sus temores. Mejor no. Esperaría. Luego, en cuanto terminara el evento, hablaría con ellos. Corrió a vestirse. Pero al intentar ponerse los zapatos, sintió que el pie no le cabía en el tenis. Ana Isabel se desesperó. ¿Cómo presentarse en tales condiciones? Buscó los zapatos nuevos, los que

me equivocó, había un par de abejas sobrevolando las flores.

Busco en el buzón el mensaje que me autorice a proceder.

Haz la tarea. Treinta minutos de televisión, treinta en el gimnasio y quince en la ducha. La comida está en el microondas. Conecta el lavaplatos. El robot se encargará del resto. Ponte el pijama de rombos naranjas. Estudia. Nada de charlas telefónicas ni videojuegos. Acuéstate quince minutos antes de quedarte dormida. Analiza el día: ¿qué hiciste incorrecto, qué harás para rectificarlo? ¿Cómo te programarías si fueras un androide? Si tienes dudas, envía un clip de voz.

Nada de confuturas.

No olvides los dientes.

La situación de Camila es más grave de lo que parece. Me levanté una hora antes de lo establecido y fui hasta el lugar donde vive. Tomé todas las precauciones para no hacer ruido y me asomé por el cristal de la ventana. Además de la señora, en su casa hay un señor. Andaba en pijama y chancletas. Todos se sentaron a la mesa y desayunaron juntos. Camila parecía contarle algo divertido y el señor... ¡reía! Luego le pasó la mano por la cabeza. Minutos después él entró al cuarto y se cambió de ropa. Ojalá me equivocara, pero todo parece indicar que cohabitan en el mismo sitio. Antes de salir, el señor se despidió de la señora y le dio un abrazo a Camila.

reiterativo con pretensiones musicales, solo que lo hace con su propia voz. Las dos avanzan juntas, tomadas de la mano. Camila no parece resistirse. Conversan y ríen. Al despedirse la señora le da un beso en la frente. Camila mira para todos lados y la abraza ligeramente por la cintura. Luego toma el merendero y entra a la escuela. Lo he gravado todo con la cámara de mi móvil. Son pruebas irrebatibles.

Entro al aula tres minutos después de lo habitual. Todos me miran curiosos.

El desayuno en el microondas. No hubo pan fresco, hoy no tocaba. Debajo del ordenador hay dinero, compra frutas para la merienda. Las medias limpias están en la gaveta y el uniforme en el perchero. Ponte la felpa blanca.

No te regodees en el inodoro. Tienes cuarenta y cinco minutos exactos para abordar el automóvil.

He llegado a casa treinta minutos tarde. Después de clases he seguido a Camila. La señora la recogió como siempre y se fueron juntas, tomadas de la mano. No abordaron ningún auto. Conversaron todo el camino. A veces reían. Llegaron a casa y las recibió el perro. Camila juguetó con él. A la señora no parecía incomodarle. Entraron y cerraron la puerta. El jardín me resultó sospechoso. Me he demorado tomando fotos. No me arriesgué a acercarme, pero todo indicaba que había algo raro en las flores. Parecían naturales. Pero me resultó demasiado peligroso aproximarme. Si no

le compraron un par de números más grande del que solía usar con intenciones de guardárselos para el próximo curso. Ana Isabel se los puso y, aunque le costaba caminar con ligereza, corrió lo más aprisa posible a tomar el desayuno. Cuando entró al comedor, papá se percató de sus zapatos.

—Pero, Ana Isabel, ¿por qué has estrenado los zapatos?

—Deja a la niña que haga lo que quiera —contestó mamá en su defensa. Luego puso frente a la niña la taza de café con leche y le guiñó un ojo—. ¿Se te olvidó que hoy ganará otro concurso?

Todos en casa le sonrieron, solícitos. Ana Isabel consideró si debía responderles, pero se abstuvo. ¿Para qué gastar energías en algo tan fútil como puede serlo una sonrisa? Era preciso concentrarse en teoremas y fórmulas.

El día no se diferenció mucho de los otros y, en cuanto regresó a casa con un nuevo diploma en las manos, se encerró en el cuarto. Al quitarse los zapatos comprobó que no solo su pie derecho había sufrido un cambio, sino también el izquierdo. Los ensambles, cables y sensores se extendían mucho más arriba de las rodillas. Ana Isabel se asustó, pero sabía que iba a causar un revuelo si se lo contaba a su familia. Ellos le harían perder un tiempo precioso. Se aproximaban las pruebas finales, Ana Isabel debía estudiar. Así que no dijo nada. Sin más demora, se sentó

frente a la laptop y comenzó a aprender nuevos conceptos numéricos. Quizá mañana...

Felices por el nuevo triunfo, la familia decidió prepararle una fiesta sorpresa. Papá trajo un delicioso y colorido cake de bombón. Mamá preparó refresco instantáneo. La abuela colgó globos e improvisó una piñata. José Miguel fue el encargado de repartir invitaciones. Cuando la casa estuvo llena, mamá dio dos tenues golpes en la puerta cerrada.

—Ana Isabel, sal un momento.

Pero la niña, al estar tan ocupada, no le hizo el menor caso. Además, sentía los cables extenderse por los muslos y decidió no moverse del sitio.

—Querida, te hemos preparado una sorpresa.

Cuando finalmente consiguieron llamar su atención, después de que toda la familia y la mitad de los inquietos invitados se instalaron tras la puerta, una voz metálica —¡que no parecía ser la de una niña!— respondió:

—No me molesten, por favor, estoy estudiando.

Contrariados, los padres decidieron dejarla en paz. Repartieron el refresco y picaron el cake, pero no se disculparon, pues ¿quién de sus vecinos no estaría orgulloso de tener una hija tan aplicada como aquella?

Ana Isabel no se sentía agotada ni hambrienta. Toda la noche la pasó estudiando, memori-

casa. Si me dan permiso, mañana comienzo. Hoy me pareció que, además de la señora, acompañaba un perro a Camila. No puedo informarlo todavía. Cualquier notificación requiere pruebas irrefutables, eso complicaría su situación. Prepara la nota.

Los superiores han elegido una comisión para verificar. Me he declarado voluntaria. Pido permiso para proceder.

Reviso y envío.

Haz la tarea. Treinta minutos de televisión, treinta en el gimnasio y quince en la ducha. La comida está en el microondas. Activa el lector y escucha un resumen de las actitudes incorrectas antes de irte a dormir. Ponte el pijama de óvalos azules. Estudia. Nada de charlas telefónicas ni videojuegos. Acuéstate quince minutos antes de quedarte dormida. Analiza el día: ¿qué hiciste incorrecto, qué harás para rectificarlo? Si tienes dudas, envía un clip de voz.

Nada de confuturas.

No olvides cepillar los dientes.

Esta mañana me he desviado unos metros del recorrido habitual. Oculta tras los muros, he observado a Camila. Efectivamente, además de la señora, la acompaña un perro. Parece auténtico. Olisquea sin orientación definida y hace caca en el césped. Fotografío y tomo notas. La señora parece que... ¡canta! Sí, efectivamente. Es algo monótono y

qué harás para rectificarlo? Si tienes dudas, envía un mensaje.

Nada de confituras.

No olvides cepillarte los dientes.

La señora no solo la acompaña, también le entrega el merendero y le da un beso en la frente antes de separarse. Camila mira para todos lados y le sonríe. Hay que adelantar la reunión. Su caso es grave.

Necesito confrontar mis dudas. Escribo una nota.

Se notan peligrosos rasgos en compañera de aula. Es preciso averiguar qué está sucediendo. Mañana habrá una reunión para discutir el tema. ¿Qué debo hacer?

Reviso la ortografía en el programa correspondiente y envío el mensaje por WhatsApp.

El desayuno está en el microondas. No comas más de medio pan. Debajo del ordenador hay dinero, compra frutas para la merienda. Las meriendas limpias están en la gaveta y el uniforme en el perchero. Ponte la felpa azul.

No te regodees en el inodoro. Tienes cuarenta y cinco minutos exactos para abordar el automóvil.

La reunión se realizó a puertas cerradas. Votación unánime. Algo no anda bien con Camila. Se ha designado un equipo para verificar. Luego, cuando estemos convencidos, se le notificará la queja a ella. No se admiten equivocaciones. Me he declarado voluntaria. Debo plantearlo en

zando teoremas, descifrando conceptos. A medida que pasaba el tiempo, sentía que sus manos se mecanizaban y que sus venas se convertían en cables, sus huesos en varillas y sus músculos en tensores.

Al día siguiente, mientras los niños del barrio jugaban en el parque, la pelota se escapó y fue a colarse justo al cuarto de Ana Isabel. José Miguel corrió tras ella, trepó el muro del jardín, se asomó a la ventana con intenciones de recuperarla y... ¡cuál no sería su sorpresa al descubrir, sentada frente a la laptop, a una niña robot del tamaño de su hermana, la cual no paraba de repetir teoremas!

—¡Mamá, papá, corran! —gritó asustado el niño.

En un santiamén la calle se llenó de gente. Llegaron los bomberos, las ambulancias y la prensa. Aunque mamá y papá —consternados— hicieron todo lo posible por recuperar a su hija, Ana Isabel ya no consiguió ser la de antes. Ella tenía que superarse y no defraudar a los suyos. Necesitaba darles un motivo para que la siguieran queriendo.



Al rescate

Me acuesto con los zapatos puestos. El dragón de siete cabezas puede llegar vomitando fuego, por lo que debo estar preparada. Correr descalza es un peligro. La última vez que lo hice me hiqué con un trozo de vidrio y tuvieron que llevarme al policlínico.

Es de noche y la princesa sigue tras la ventana. Nadie podrá ver su pañuelito blanco agitándose entre los barrotes. Si algún príncipe se atreviera a acercarse, el dra-

Recados

El desayuno está en el microondas. No hubo pan fresco. Debajo del ordenador hay dinero, compra frutas para la merienda. Las medias limpias están en la gaveta y el uniforme en el perchero. Ponte la felpa blanca.

No te regodees en el inodoro. Tienes cuarenta y cinco minutos exactos para abordar el automóvil.

Camila tiene serios problemas. Una señora la lleva todas las mañanas a la escuela y la recoge al salir. Si la llamas por teléfono para solicitarle alguna información con respecto a la tarea, no es la contestadora quien responde, sino una voz melosa que siempre sorprende con una frase distinta. Lo he planteado ante el Consejo. Debemos convocar a una reunión extraoficial. Es preciso analizar su caso con urgencia.

Conecta al robot para que saque la basura. Haz la tarea. Treinta minutos de televisión, treinta en el gimnasio y quince en la ducha. La comida está en el microondas. Conecta el lavaplatos. Ponte el pijama de rombos naranjas. Estudia. Nada de charlas telefónicas. Acuéstate quince minutos antes de quedarte dormida. Analiza el día: ¿qué hiciste incorrecto,



gón de siete cabezas lo miraría con rabia y lo echaría con uno de sus bramidos ultraterradores. Y sería la princesa la que pagaría las consecuencias.

La princesa detesta las paredes del castillo. En una de ellas cuelga una espada reluciente adornada con diademas, de empuñadura recubierta de perlas y piedras preciosas, la cual nadie puede tocar.

La princesa vive encerrada esperando el regreso del dragón. Si un *cyborg* aparece a rescatarla, ella recogerá el puente levadizo y le arrojará agua hirviendo desde las almenas. El *cyborg* no entenderá qué sucede y regresará en el transportador espacial a su galaxia amarilla.

La princesa no quiere que nadie la rescate. Ni príncipes ni *cyborgs*. Nadie. Pasa los días encerrada en la torre, mirando la barbacana. Nunca se atreve a caminar hasta allá, pues el dragón de siete cabezas puede llegar y descubrirla. Si él llega y no la ve, se molesta muchísimo.

La princesa es muy bonita, por eso el dragón la encierra para que nadie más la vea. Ella tiene los ojos marchitos y casi nunca sonríe, pero de todos modos es linda. Cuando canta, los pájaros salen volando asustados y las lagartijas corren a esconderse entre los muros. La pobre no sabe cantar, pero está tan triste que ni cuenta se da.

Los príncipes son demasiado tontos para entender a la princesa. “Todos son iguales”, dice ella. Si viene uno y la rescata, luego él se convertirá en dragón. Aunque eso no es algo que sucederá en un día. Primero empezarán a salirle escamas, luego garras, y al final le crecerán más cabezas. Así ha

pasado siempre con los anteriores. Un día vino un príncipe azul, pero se acabó el añil para teñirlo, por lo que se fue poniendo clarito hasta convertirse en blanco. Luego empezaron a salirle escamas, las uñas le fueron creciendo... En fin, la princesa tiene razón. Todos son iguales.

Me gustaría poder ayudar a la princesa.

En la escuela se ríen de mí. Me dicen bruja. Debe ser porque no me peino. La princesa no ve mi ropa sucia. Ella está tan triste que no ve nada más que su tristeza y el camino por donde se va y regresa el dragón. A mí no me molesta andar sucia. Yo no quiero ser linda. No quiero que ningún dragón me encierre en un castillo y llegue vomitando fuego, ni que ningún príncipe me rescate. Yo nunca voy a ser princesa. Si la maestra pone un examen, lo desaprobo. Yo no consigo pensar en nada más. Solo en dragones y princesas. Vuelvo a examinar y otra vez lo dejo en blanco. Las maestras me miran y mueven las cabezas de un lado a otro. “No hay remedio”, dicen. Como ya no pueden reprobarme más, las maestras me dictan lo que debo escribir y paso de grado igual que mis compañeros.

No es cierto que tenga piojos. No es cierto. Aunque la cabeza me pica bastante. Si un piojo cayera en el pelo largo de la princesa sería un desastre. Seguramente también llegaría una pioja y empezarían a hacer crías. Yo debo proteger a la princesa. Ella está tan entretenida que no conseguiría librarse de los piojos.

La princesa y yo corremos por los bosques encantados. Los árboles nos miran con sus ojos de árboles vivos y las lechuzas graznan y vuelan silenciosamente. A ellas no les gusta que nadie entre en su territorio y espanten a los ratones. El dragón nos persigue. Incendia los árboles y despierta a todo el mundo. Podemos ver los ojos en la oscuridad, detrás de los agujeros. Ya nadie quiere permitírnos entrar en su guarida. Le temen al dragón. Si alguien nos ayuda, el dragón los ataca y total, la princesa siempre vuelve al castillo. No tiene otro lugar a donde ir.

Nadie puede rescatar a la princesa. Nadie. Y la princesa no consigue rescatarse por sí misma. Por eso me acuesto con los zapatos puestos. Si me quedo dormida, podría ser fatal. Casi siempre me duermo en las clases, de ese modo no tengo sueño durante las noches y puedo vigilar al dragón. Pero a veces me quedo dormida de todas formas, así que me amarro los zapatos bien duro. Si hay que salir corriendo cuando llegue el dragón, ya yo estoy preparada.

Yo rescataré a la princesa. Cuando él se quede dormido, agarraré la espada encantada reluciente, adornada con diademas y con una empuñadura recubierta de perlas y piedras preciosas. Me acercaré poquito a poco a él y le cortaré sus cabezas. Una a una. Hasta llegar a siete. Luego seremos felices, la princesa y yo, por el resto de los días.